

a Zorayde en algún tiempo  
 quando era dichoso amante.  
 Agora es señal cruel  
 que quiere desengañarle,  
 que amor que entró por los ojos  
 con el desengaño sale.  
 Dio con un ay en el suelo;  
 no pudo valerle Tarfe,  
 que celos y mal de amores  
 es vn paroxismo graue.  
 Estando en este desmán  
 llegó Sulmán Abencerraje,  
 moro que a Celinda adora,  
 de gran gentileza y talle.  
 Atarfe, quando le vido,  
 parte por medio la calle  
 a contradezirle el passo,  
 y dize "tenga, no passe".  
 Sulman no le respondió;  
 quiere que las armas hablen,  
 y que averiguen entrambos  
 quién ha de estar en la calle.  
 Meten mano a sus alfanges;  
 embrazan muy recios golpes  
 con intenciones mortales;  
 acudió gente al ruydo;  
 fueles forzoso apartarse;  
 voluiose Tarfe a su amigo;  
 hallole como de antes.

El pobre bruto, de pronto lo vio claro. Cerró los ojos, contrajo el gesto y con brusquedad arrimó la mano, a la altura de la muñeca, a la sierra circular. No sintió nada, apenas un golpecito, un pequeño roce con un suave "zzzz" y cuando abrió los ojos su mano colgaba torpemente de unos hilillos nerviosos. Y cayó desplomado.

Nada pudo hacerse y las cinco largas horas de intervención fue-

## LA MANO

(CUENTO)

por

Tomás MARTIN TAMAYO

ron inútiles para unir de nuevo el miembro. Ante el justificado temor de gangrena, concluyeron por separar definitivamente los pocos centímetros de masa que unían todavía la mano y el brazo. El corte de la sierra había sido impecable, limpio, como el de un carnicero cuando trocea los huesos de jamón para la sopa. Viéndolo de frente, era perfecto para una clase de anatomía, para un curso de di-

sección frontal de músculos, nervios, hueso y tuétano. Emplastaron y vendaron el flamante muñón y así empezó una nueva vida para el pobre bestia.

Después de salir otra vez de la prisión y hasta lograr organizarse como parásito y ladrón, entró de cargador en una serrería con la específica misión de suministrar troncos a los serradores. Diez días después ya estaba cansado y se propuso no pasar de la quincena. Para él era mucho más lucrativo un par de robos a la semana y mucho más cómoda la vida holgazana de cualquier prisión. A la salida del trabajo con otros compañeros, se cruzaron con un tercero al que todos saludaban amigablemente. No tenía el brazo derecho y todos le explicaron luego que se lo había llevado una de aquellas sierras infernales que obedecen órdenes del diablo. El se interesó por el caso y así supo que, aunque manco, a finales de mes recogía puntualmente su cómoda pensión de mutilado y que con ella, si no derrochaba, tampoco pasaba más calamidades que las de cualquiera de ellos, trabajando.

Y el bruto, que apenas sabía escuchar, abundó en su información y se enteró de todo ese lío de los accidentes de trabajo, seguros, seguridad social y demás. Nada más cobrar su segunda semana, se hizo un seguro generoso que cubría cualquier caso de mutilación e invalidez y comenzó a fraguar una idea que poco después tenía concluida. A partir de entonces, se esforzó más que ninguno y llegando el primero se iba el último, ayudaba a todos, se mostró servil y voluntarioso, rastrero, conformista. Cuando la jornada con-

cluía él se quedaba recogiendo el serrín, barriendo el taller, poniendo cada herramienta en su sitio...

Y aquella mañana, solemne para él, aprovechó una ausencia del serrador, cerró los ojos, contrajo el gesto y arrimó con brusquedad la mano.....

Cuando volvió en sí, se encontraba en una habitación pequeña, limpia y confortable, ante la mirada atenta de una enfermera. Médicos, compañeros e incluso los mismos dueños de la serrería pasaron por allí con el clásico mensaje de camaradería, cubriéndolo de atenciones. Y él hizo su papel y lloró por su mano, tuvo sus buenos ataques de desesperación y reclamó con todas sus fuerzas la presencia de su separada mano. Y no hubo quien lo hiciera desistir del macabro deseo. Se la llevaron en un frasco, suspendida en un líquido y pidió conservarla. Así pensaba tributar homenaje a la mano que le iba a permitir vivir sin trabajar.

Antes de conseguir el alta definitiva, volvieron por allí sus jefes con la única noticia que a él le interesaba.

—Bueno, no se preocupe; ya está todo solucionado. Hoy mismo ha llegado aceptada la calificación definitiva de su invalidez. Sólo le rogamos que si le visita algún inspector, le hable... en fin, ya sabe Ud. que a nosotros nos preocupa la seguridad del obrero que extremamos el cuidado para que es-

tas cosas no ocurran, que... en fin, ya sabe donde nos tiene y para ayudarlo, pues queremos compensarle con esta ayudita... Lo sentimos de verdad...

Y le dejaron en su mano un talón de cien mil pesetas, que era algo que ni él mismo había calculado. Con eso y lo que cobró del seguro particular, se compró unas habitaciones y en ellas se propo- nía parasitar el resto de sus años, viendo como cada mañana los obreros se apresuraban para, con duro trabajo, apenas poder malvivir. El, con un golpe de audacia y mucha "inteligencia", se había liberado de aquella servidumbre en un par de meses. Todo iba a pedir de boca y como una reliquia sagrada, la mano ocupaba el lugar preferente del mejor de sus muebles.

Ya llevaba una semana sin aparecer, cuando un vecino, por lo prolongado de la ausencia y por el fuerte olorillo que inundaba las proximidades de su residencia, avisó a la policía.

Nada anormal. Descerrajaron la puerta y se encontraron con uno de esos habituales casos de muertes de solitarios. Todo era típico, corriente, excepto que en la habitación había un frasco de vidrio roto, en medio de un líquido reseco, y que una mano seccionada y putrefacta, apretaba hasta la estrangulación la garganta del mutilado.



## Poesía Negra

El día que desaparecieron los colores

todas las flores se volvieron grises,

pardas fotografías bajo un marco oscuro,

hasta el césped se tornó incoloro.

Marrones eran los cuerpos,

el cielo...

cenicientos los árboles, la luz..

la voz, la música ..

...el poeta,

la poesía negra,

y el llanto se convirtió en un bosque inmenso,

vacío de espadas.

Adriana SEGURA